

Gusto, cultura e identidad

La palabra gusto se usa con dos acepciones diferentes. En un caso el significado implica que el gusto depende de nuestra esencia única, que es innato. Por ejemplo, en la frase “no me gusta” expresamos que por ser como somos no nos produce placer una situación.

En otro caso el concepto implica algo distinto: que el placer que produce la belleza es algo que se aprende. Este es uno de los significados que la real academia de la lengua española le da a la palabra: “facultad de sentir o apreciar lo bello o lo feo”. Al usar la frase “buen gusto” se hace referencia a este significado.

¿El gusto nace o se hace? Como sucede con muchas de nuestras capacidades, nacemos con un gusto innato, pero al aprender lo cambiamos. Cuando nacemos nos gusta la leche materna, y ya. Durante nuestro desarrollo tendremos preferencias por unos sabores sobre otros (lo dulce sobre lo amargo) y estas también son innatas. Pero con el tiempo aprendemos a disfrutar de muchos sabores y no creo exagerado decir que podemos aprender el gusto por cualquier sabor que alguna cultura reconozca como agradable.

Una persona adulta diciendo “no me gusta” está expresando su falta de capacidad para apreciar algo y no su esencia innata. El gusto se aprende.

¿Por qué se usó la palabra que describe el placer que producen las sustancias químicas para hacer referencia al placer en general? ¿Por qué no otro de los cinco sentidos? En inglés no se usa la misma palabra para el sentido del gusto (*taste*) y el gusto que una situación produce (*like*). Quizás se deba a que en este sentido el placer es más evidente y directo. Como sea, esa confusión simbólica del español puede favorecer la noción de que el gusto es innato y no una capacidad que se desarrolla. En la historia de la evolución de nuestro lenguaje y quizás también en nuestro desarrollo ontológico existe una confluencia (no se distingue entre dos conceptos diferentes y sólo existe una palabra para ambos, como el niño que por coca se refiere a todo lo que se toma, o que usa “buscar” para buscar y encontrar, o que usa ocupar para ocupar y necesitar) entre los dos conceptos (*like* y *taste*) en la palabra gusto. Algunos lo podrán superar, pero muchos vivirán con la noción de placer nato (de *taste*) al referirse a lo que aprendieron a disfrutar (*like*).

Este tema está relacionado con la admiración por las sociedades multiculturales. Muchas tendencias del pensamiento reconocen un valor en la variedad de las culturas, pero no reconocen un progreso. Al hacer esto se convierten en preservadores de culturas antiguas o diferentes, sin preocuparse y quizás sin permitir su desarrollo. En contraste, muchos de los que reconocen el desarrollo lo ven como un camino hacia un ideal, un destino común, y por esta razón se sienten con derecho a cambiar y no tolerar otras culturas.

¿Qué es lo que realmente pasa? Me parece más aproximada esta apreciación: sí hay un progreso, pero no sabemos hacia dónde es, ni siquiera que exista un modelo a seguir que funcione para todos. Las estrategias que en ocasiones funcionan no aplican para todos los casos y constantemente las implementamos mal. Las sociedades cambian, se desarrollan, unas más que otras, pero no tenemos un modelo y no sabemos cómo se debería desarrollar una sociedad en

particular. La complejidad del sistema social es tal que nos resulta imposible saberlo.

No apreciar una cultura es como la falta de "buen gusto" por algunos sabores: es una falta de empatía, de conocimiento sobre cómo disfrutar lo que a la cultura agrada.

Existen dos casos en que nos podemos enfrentar a situaciones que no apreciamos, una es cuando se trata de algo completamente nuevo, como una cultura distante. En otro caso se trata de un desarrollo, cuando la cultura que ya conocemos produce algo diferente que algunos no aprecian. El primero es consecuencia geográfica y el segundo es temporal.

En el gusto por el arte también se presenta la falta de apreciación consecuencia del desarrollo y las distancias. En todas las manifestaciones artísticas la falta de gusto es consecuencia de la ignorancia, y en todas existe el progreso temporal que puede provocar rechazo en miembros de la cultura donde se desarrolla.

El desarrollo al que me refiero no involucra un ideal, no indica un destino común. Pero sí implica el uso de la creatividad para hacer del arte, el sabor, el lenguaje o cualquier manifestación cultural algo diferente, más rico, quizás más complejo, que representa mejor o en forma más variada lo que sentimos, pensamos, apreciamos, conversamos y en general percibimos.

En las culturas se da este desarrollo, y por consecuencia se presenta en el arte, en el gusto, y también en la tecnología. Y esta forma de desarrollo es algo que valoramos: existió una época horrible en que no disfrutábamos de un buen whisky, de una nieve de chocolate, de una malteada, de la música house, del aire acondicionado, del techo y la protección ambiental que ofrece. Esa época no era hermosa como los jipies y comunistas (que creyeron en el comunismo primitivo como un ideal de igualdad social) lo pensaron, era horrible, era peor que el esclavismo.

Los mismos animales hacen hasta lo imposible por disfrutar de nuestro progreso: buscan comida en nuestras cosechas, en nuestra comida enlatada, buscan nuestro techo, nuestros cuartos refrigerados, nuestra sombra y cobijo. Y si lo comprendieran, buscarían también nuestro arte.

Identidad.

Tenemos una necesidad por crearnos una identidad. Constantemente intentamos definirnos y mostramos nuestras conclusiones a los demás. Una de las estrategias más socorridas para hacer esto es identificar nuestro gusto, nos definimos por lo que nos gusta y nos disgusta. Yo soy así, a mi me gusta esto y no lo otro.

¿Qué pasa si el gusto se aprende? Si esto es así al mejorar nuestro gusto, al aprender a disfrutar lo nuevo, atentaremos constantemente contra nuestra identidad; y quizás llegue un momento (¿de madurez?) en el que ya no podremos definirnos por nuestros gustos. ¿Cómo lo haremos entonces?

¿Nos podemos definir con ideas, con obras realizadas, con ideologías, con grupos sociales a los que pertenecemos? ¿Es esto parte de la madurez?

La identidad es el resultado de nuestra preocupación narcisista, de nuestra constante evaluación y comparación social. En nuestra obsesión por nosotros mismos, durante la constante calificación de nuestro proceder, creamos una identidad, un self del que nunca dejaremos de preocuparnos, un hijo interno e irrenunciable, inabordable.

Con el gusto satisfacemos las primeras etapas de esta necesidad, nos aferramos a cualquier diferencia que podemos notar para definirnos. Cuando creamos algo de historia y si aprendemos a degustar usaremos diferentes estrategias para diferenciarnos, y con un poco de suerte llegaremos a tener la suficiente madurez para no aburrir a los demás explicándoles nuestros gustos natos. Los enfadaremos con nuestros logros, o con nuestras ideologías. Pero siempre los buscaremos para explicarles quiénes somos, es la búsqueda que nos hace seres sociales, es algo que nos distingue del resto de los animales. Esta maldita preocupación es una de las características que nos hacen humanos.